

LAS JORNADAS SOBRE NATURALEZA Y CAZA

Lugar: sede de la Real Academia de Córdoba
C/. Ambrosio de Morales, 9. Córdoba.

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA,
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES.

COLABORAN:

Secretaría de Estado de Universidades
e Investigación.
Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa
de la Junta de Andalucía.
Ayuntamiento de Córdoba.
Diputación Provincial de Córdoba.
Fundación CAJASUR.
Fundación PRASA.



JORNADAS SOBRE NATURALEZA Y CAZA



REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA,
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES.

Córdoba, Marzo 2007.

PROGRAMA

Lunes 19 de marzo.

- 20,00. Inauguración de las Jornadas por el **Excmo. Sr. Dr. D. Joaquín Criado Costa**, Director de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

Mesa redonda sobre el tema
"La caza en el Arte y en la Literatura".

Presentador y moderador: **Ilmo. Sr. D. Rafael Mir Jordano**, Académico Numerario y Censor.

Ponentes:

D. Mariano Aguayo Alvarez, escritor, pintor y Académico Correspondiente.

D. Francisco Sánchez Zamorano, magistrado, escritor y Académico Correspondiente.

Coloquio.

Miércoles 21 de marzo.

- 20,00. **Mesa redonda sobre el tema**
"Naturaleza y caza".

Presentador y moderador: **Ilmo. Sr. D. Rafael Mir Jordano**, Académico Numerario y Censor.

Ponentes:

Dr. D. Aniceto López Fernández, Académico Correspondiente y Profesor Titular de Ecología de la Universidad de Córdoba.

Dr. D. Juan Carranza Almansa, Catedrático de Zoología de la Universidad de Extremadura.

Coloquio.

Clausura de las Jornadas por el **Excmo. Sr. Dr. D. Joaquín Criado Costa**, Director de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

LAS JORNADAS SOBRE NATURALEZA Y CAZA

RAFAEL MIR JORDANO
ACADÉMICO NUMERARIO

Los días 19 y 21 de marzo se celebraron en nuestra sede académica dos mesas redondas convocadas con el título que antecede.

A modo de introducción a las ponencias en ellas desarrolladas, que siguen, y de resumen de las Jornadas, a continuación se transcribe el artículo que publiqué en el diario "Córdoba" en su edición de 29 de marzo, intitulado "Naturaleza y Caza"

*

La Naturaleza es aquí y hoy, como en cualquier otro lugar, el insustituible sustento de nuestras vidas y una de las primeras preocupaciones, si no la primera, de toda persona responsable. La amenaza de cambio climático no es un invento de Al Gore, sino el olvido y el pecado más grave --y tiene muchos-- de Bush.

La caza, la actividad humana más antigua y perdurable, tras el sexo y el alimento, es por una parte un ejercicio que ocupa grandes espacios, mueve mucho dinero y numerosas personas, y, de otra, es probablemente la mejor posibilidad de reingresar en la Naturaleza --Ortega y Gasset-- que el hombre urbanita de hoy tiene; porque el cazador se enraíza en la tierra campestre y porque contacta con los animales silvestres que parcialmente son su objeto. (No siempre, sí; ese es uno de los problemas).

En perspectiva local puede recordarse que nuestra provincia es la andaluza con más superficie acotada (más de un millón de hectáreas) y que en ella han tenido lugar esta última temporada unas seiscientas cincuenta actividades colectivas, con el abatimiento de más de 16.000 ciervos --porque los hay y porque queda madre-- y unos 6.000 jabalíes, por referirnos solo a las piezas estrellas de la caza mayor. No tengo ahora datos económicos, pero sí algunos que sirven de indicio: el día seis de febrero se habían contratado 30.409 puestos de trabajo y 7.759 rehalas.

Con lo escrito, sin añadidos posibles, es fácil colegir que el tema Naturaleza y Caza no es cuestión baladí ni de mero deporte, entre otras cosas porque a mí parecer la caza no lo es. Es más.

Recientemente la Real Academia de Córdoba con las "Jornadas sobre Caza y Naturaleza", como dije al presentarlas, ha abierto sus puertas a aires puros y a problemas actuales, con una respuesta notable a la convocatoria, porque han sido muchos los asistentes y varios los que han intervenido en los animados coloquios, que han deparado alguna sorpresa, como la de que fuera un poeta quien propusiera de entrada el debate sobre las cercas, un tema muy polémico. Claro que le había dado pie Ma-

riano Aguayo con el recuerdo del emperador romano que ya hizo fabricarse cercas de piedra para cazar con mayor probabilidad.

Francisco Sánchez Zamorano, el magistrado que es muy escritor, hizo un repaso interesante sobre los textos literarios que tienen tema cinegético.

El profesor titular de Ecología Aniceto López Fernández trató con muy buena palabra, excelentes razones y preciosos apoyos gráficos de "Los Albores de la caza", demostrando que el hombre prehistórico ya tenía su armero y afanes como los nuestros.

El profesor Juan Carranza Almansa, cordobés por más señas, y catedrático de Zoología en la Universidad de Extremadura, nos demostró por qué es considerado como uno de los primeros expertos europeos en el estudio del ciervo. Dice y tiene mucho que decir sobre caza y conservación.

En los coloquios intervinieron muchos conocedores, algunos sacados a barrer desde la presidencia de la mesa, y otros curiosos de buena fe: se trató de las cercas (como queda dicho), de los fuegos, de la situación y perspectivas del ciervo autóctono, de la mejor forma de gestionar los cotos de caza, de los peligros de la importación de animales exógenos...

No obstante la buena asistencia eché de menos a gente varia: a gestores de cotos que no solo no estudian, sino que ni siquiera quieren oír; a académicos de las secciones de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes que quizás habrían debido sentirse incitados por los temas y por los ponentes; a ecologistas beligerantes que encierran su agresividad en carteles anónimos y en el uso de las tenazas de cortar alambradas, rehuendo el debate con personas preparadas; a cazadores que solo leen los pies de las fotografías en las que ellos aparecen en cuclillas agarrando su trofeo de venado como si fuera el manillar de una bicicleta...

Desde luego si se convocan en el futuro jornadas como las celebradas, nos esforzaremos en aumentar la atracción de la convocatoria y en sacar a muchos de su pereza o de su mala costumbre de solo mirar a su ombligo y al ombligo del amigo.

LA CAZA EN LA LITERATURA

FRANCISCO DE PAULA SÁNCHEZ ZAMORANO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

“Soy un cazador que escribe antes que un escritor que caza”, dice M. DELIBES. Pocas frases como ésta define en tan pocas palabras y tan magistralmente la gran imbricación que puede llegar a existir entre caza y literatura, entre el hecho cinegético y el hecho literario. De ahí, que escopeta y pluma, por este orden, formen una complicidad prodigiosa en buena parte de la ingente creación literaria del escritor vallisoletano. “Ello explica –nos dice éste– que siendo en mí la caza una pasión avasalladora no disponga más que de una escopeta que utilizo indistintamente para todo el abanico de posibilidades que este deporte ofrece (...). Esto de la escopeta es para mí tan sumamente delicado que únicamente rindo lo que debo cuando he logrado adaptarla, esto es, convertirla en un miembro más de mi cuerpo (...). Con la pluma estilográfica me sucede lo mismo. En tanto no consigo transformarla en un apéndice de mis dedos no le saco utilidad...”.

Los versos de JORGE GUILLÉN dan en el blanco al referirse a la literatura cinegética de Delibes: “Un arte narrativo que recrea/ campo y ciudad, sus luces y sus ideas,/ profundos los paisajes minuciosos,/ vegetaciones, hombres, animales,/ en medio el cazador”.

Ese cazador que escribe movido por la pasión de la caza, una de las pasiones más ancestrales del hombre. De ahí que el propio Delibes haya sentenciado, y creo que con acierto, que para que una novela sea buena ha de reunir tres ingredientes: un paisaje, unos personajes creíbles y una pasión. Y si esa pasión que mueve la pluma es la de la caza, estaremos sin duda ante una excelente obra literaria ambientada por el hecho cinegético, si es que no sea éste su misma razón de ser. Tal vez por eso, sin él proponérselo, la novela cinegética más importante de nuestra literatura sea *Diario de un cazador*. Bajo la mirada del diarista Lorenzo, bedel de oficio y cazador de afición, Delibes, dejando a un lado el acoso del entorno y la frustración que representa una naturaleza en continua degradación, va describiendo, con una sensibilidad y una ternura exquisitas, el mundo sencillo que rodea la vida del protagonista, todo ello desde un optimismo vital inusual en su obra.

Pero siendo Delibes, a mi juicio, el máximo exponente de la literatura cinegética y albergando él, como nadie a lo largo de la historia, esa síntesis de autor y cazador, o como mejor le gusta decir de cazador que escribe, lo que su afición representa, en definitiva, no es sino la continuación de una larga tradición practicada por el hombre desde que éste aparece sobre la faz de la tierra. Porque el cazador actual no es sino heredero del arte de la cinegética que practicaba, por motivos de subsistencia, su ascendiente del Paleolítico. El hombre de hoy es receptor de ese instinto emocional, que todavía se manifiesta en una emoción apenas evolucionada. Bien es verdad que hay un

trecho muy grande entre los impulsos que movían al hombre primitivo a dar muerte a una gacela con una flecha y los que incitan al hombre actual a hacerlo con un moderno rifle de repetición. Sin embargo, los sentimientos que dan vida a ambos seres humanos son los mismos. La pasión es idéntica. El que practica hoy la caza lleva en sus oscuras profundidades ese deseo atávico e indescriptible, nacido en la noche en que bajo la luz clara de la luna el hombre, su ancestro, fue alcanzado por el hechizo irreductible de una Diana balbuciente aún en sus ansias de trascendencia y espiritualidad.

Otra cosa es que la muerte del animal –porque ya de ordinario, durante el ejercicio de la caza, no se causa por razones de subsistencia– se perciba erróneamente como una consecuencia irracional e incomprendida, especialmente por un sector del ecologismo de salón que no es capaz de emocionarse con las voces y los silencios de la naturaleza, que es el escenario consustancial a la cinegética. En su obra *Con la escopeta al hombro*, DELIBES se hace eco de esta percepción afirmando que en esto de la caza “se está imponiendo una falsa sensibilidad que me llega a aterrar”.

ORTEGA Y GASSET, en el prólogo al libro *Veinte años de Caza Mayor* del Conde de Yebes, da respuesta a esta cuestión. En ese inmenso tratado de psicología de la caza que supone este prefacio –una obra en sí de obligada cita para los que se acerquen a la temática– el filósofo afirma que “al deportista no le interesa la muerte de la pieza; no es eso lo que se propone, lo que le interesa es todo lo que antes ha tenido que hacer para lograrlo; esto es, cazar. Con lo cual se convierte en efectiva finalidad lo que antes es sólo medio. La muerte es esencial porque sin ella no hay auténtica cacería: la occisión del bicho es el término natural de ésta y su finalidad: la de la caza en su mismidad, no la del cazador (...). Si al deportista le regalan la muerte del animal renuncia a ella”.

Parecida reflexión es la que intento trasladar a mi novela *El crepúsculo de Virbio*, después de que don Evaristo haya abatido una collera de perdices en el puesto ante la presencia de Andrés el Tejón: “A partir de ese momento la enorme satisfacción del cazador de pájaro empieza a pugnar con la idea de la resurrección. Si pudiese devolverles la vida a las dos bravas perdices, seguro que lo haría; pero eso es la caza, la extraña pasión del hombre por la naturaleza, la mezcla explosiva de emoción e irracionalidad, de atavismo y libertad, en la consolidación de ciertos instintos que parecían atrofiados o expulsados de la naturaleza humana, en la búsqueda de sensaciones que en el fondo son las mismas que latían en nuestros ancestros cuando cazaban para sobrevivir”.

Por tanto, siendo consustancial al hombre el arte de la caza –el cual ya ha recorrido los estadios conceptuales de necesidad, ocupación humana, juego y deporte–, también lo es el propio arte de transmitir sus experiencias. Y es que, en el fondo, la literatura, entendida como el arte que emplea como medio de expresión además de la palabra escrita, la hablada, puede ubicarse en el mismo tiempo histórico que aquella. ¿Acaso el hombre primitivo reunido ante la lumbre, junto a su grupo o clan, con su cara teñida del tremulante rojo de las llamas, aún impresionado por la emoción del lance, no estaba escribiendo en la imaginación de los demás la dificultad ante la pieza esquiva? ¿Qué otra cosa pueden ser sino relatos de caza, abstracciones mismas de los lances, anhelos y frustraciones de una jornada de caza, los bisontes de Altamira?

Desde la misma hoguera el hombre empezó a contar y a relatar, a soñar y a imaginar, a sentar inconscientemente las bases de la poesía y de la novela. Desde entonces han abundado los anecdóticos, las historias trágicas o amenas, los relatos más o menos fantásticos en que la acción del hombre enfrentado con la pieza a cazar ha ocupado el centro del discurso narrativo.

El propio CAMILO J. CELA, con su fina ironía gallega, afirma que “el hombre,

quiere decirse, la especie humana nació cazando, pintando y hablando en verso...". Tal vez por ello los cazadores, deseosos de que su memoria no se diluya demasiado ni se difumine más de lo preciso, se reúnan a contar sus "hazañas", las faenas de los perros y sus habilidades, aderezándolas con algún que otro exceso o exageración, pues a la caza como al amor le sienta este ingrediente.

Pero inexactitudes o fantasías, sueños o deseos, fracasos o frustraciones, son todos ellos sentimientos que, surgiendo del hecho cinegético, impregnan el literario. Tampoco es que sea ello una novedad o algo distinto a lo que ocurre en cualquier manifestación humana, aunque la "mentira" o la fantasía del cazador, trasladada a la pluma, se asiente sobre un acto de sinceridad, que es el que, a mi juicio, infunde el propio acto de la creación literaria.

Disquisiciones aparte, lo incuestionable es, insisto, que el maridaje entre caza y literatura viene de muy lejos. Así, las manifestaciones más inequívocas de la literatura venatoria nos llegan de la antigua Grecia. Y es que los griegos concedían tal importancia a la caza que, en su mitología, hicieron de ella uno de los placeres de la divinidad. Ártemis y la predilección por los ciervos es paradigma de ese culto. *La Cinegética* de JENOFONTE describe magistralmente la caza de liebres con perros y redes, la del jabalí con redes y lanzas, la del ciervo con trampas de madera, la de leones, linceas, panteas y osos a caballo con lanzas. Otra *Cinegética*, la de ARRIANO, trata de los perros de la Galia y de las cacerías a la carrera de los galgos, así como de los caballos de Esticia y de Libia. Asimismo, OPPIANO dejó escrito un tratado cinegético en cuatro libros.

La literatura latina, en cambio, nos ofrece pocos ejemplos de obras cinegéticas. VIRGILIO, en sus *Geórgicas*, y HORACIO, en sus *Odas*, hablan de caza pero de un modo incidental. Sin embargo, la mitología tiene su trasunto en los dioses. Ártemis es Diana dominando el Aventino de Roma y toda esa constelación de dioses menores que bajo su mando están a cargo de los bosques y de la caza.

Pero la literatura, como manifestación del hombre, recibe en su seno a la caza en la medida en que ésta ocupa un lugar de cierta relevancia en sus quehaceres o aficiones. Y ese nivel, por supuesto, no ha sido el mismo a lo largo de la historia. En el siglo VI la caza era fundamentalmente una actividad libre y, en consecuencia, los terrenos sobre los que aquélla se practicaba tenían también la consideración de libres. Como recoge SÁNCHEZ GASCÓN en su magnífica obra *El derecho de caza en España*, en la época de la Roma preclásica y clásica (siglos III a. C. al III d. C.), en los terrenos de propiedad privada, su titular no podía prohibir la caza, cosa que no deja de ser extraña si tenemos en cuenta los absolutos derechos dominicales que al propietario de un fundo o terreno se le reconocían. La propiedad sobre un predio se extendía –según la más rancia tradición romanista– *ad caelum y ad inferos*. Pero con el asentamiento de los godos en la Península la caza en general se reserva a la nobleza y al clero, siendo nuestro territorio una gran reserva de caza cuyo ejercicio estaba prohibido al resto de la población, pues la tierra sólo pertenecía a aquéllos. Estado de cosas que se mantiene hasta épocas relativamente recientes.

Pues bien, cuando la caza estaba concebida como privilegio de nobleza y clero o como vía de escape para ciertos individuos de clases bajas que actuaban infringiendo la ley –de ahí la frase de que la caza es de marqueses o manteses– surge dentro de la literatura medieval un tratamiento una veces directo y otras indirecto o episódico del hecho cinegético.

El libro de "Moamín", cuya traducción del árabe al castellano encargó posiblemente Alfonso X el Sabio hacia 1250, es un verdadero tratado de halconería, pues el halcón es el ave predilecta de la nobleza para la cetrería. De singular importancia es

el *Libro de la Montería* de ALFONSO XI, escrito en la segunda mitad del siglo XIII, donde se describe la actividad cortesana en torno a la caza. La participación del rey en cacerías era un método de estar permanentemente preparado para la guerra. Asimismo en el libro se describe la caza de venados –a la que se sublima en relación con la caza de animales de menor porte–, se reseñan las heridas que pueden sufrir los perros y el modo de curarlas y, finalmente, se informa geográficamente sobre las regiones de caza y sus montes. Por la misma época aparece un *Libro de Cetrería* de autor anónimo y, más tarde, otras obras más, como *El libro de la caza de las aves* de Pedro López de Ayala hacia 1385.

Sin embargo, siendo todo ello de interés, lo que mejor se aviene a los propósitos de la presente ponencia, más allá de los tratados de caza, es resaltar las obras de pura creación literaria que reflejen de modo principal o accesorio esta actividad. Significativo resulta el neblí o ave guía que ROJAS supo hacer revivir de manera magistral como animal que condujo a Calisto hasta Melibea. La caza como metáfora sigue los avatares del Neblí de Calisto que, como la corneja del Cid, era un ser vivo llovido del cielo al comienzo mismo de la acción dramática. “La voracidad del neblí está latente sin dejar de ser continua a lo largo de *La Celestina* bajo la cobertura de múltiples y variadas imágenes de caza: redes, tiros, cebo, anzuelo, calderuela, carne de buiterra, falsos boezuelos, pájaros, pollos, perdices y otras piezas de caza...”.

El Conde Lucanor de DON JUAN MANUEL nos muestra escenas de caza en el Cuento XXXIII. “Señor Conde Lucanor –dijo Patronio–, para que en este caso hagáis lo más conveniente me gustaría mucho que supierais lo que ocurrió a unos halcones cazadores de garzas y, en concreto, lo ocurrido a un halcón sacre del infante don Manuel”. También en el cuento XLI se deja constancia de la afición cinegética del Conde Lucanor, en un pasaje donde éste le habla a Patronio: “Patronio, vos sabéis que soy muy buen cazador y he introducido muchas innovaciones en el arte de la caza, antes desconocidas, así como reformas muy necesarias en las pihuelas y en los capirotos de las aves de cetrería...”.

En *El licenciado Vidriera* CERVANTES no olvida el tema cinegético: “Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y azores y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores (...)”, y que “(...) la caza de liebres era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados...”.

El galgo corredor de Cervantes, como el galgo negro, tres siglos después, de Romero de Torres, cobra cierta significación, al menos la misma que para el cazador auténtico supone ese auxiliar tan extraordinario que es el perro. Don Quijote, que era cazador antes de lazararse a recorrer las sendas de su locura, tenía un galgo. No podemos olvidar, pues, este galgo cervantino de don Quijote, simbolismo de una de las razas más hermosas y enigmáticas. Can de aquél lugar de la Mancha donde “vivía un hidalgo de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...”. Cervantes invierte la costumbre. El perro no sigue al amo por las sendas de su cuerda demencia. Don Quijote no va de caza. Bajo las estrellas de las noches “mesetarias” aquél ya no guardará el hato durante el descanso de los dos aventureros, ni avisará de la presencia de mandrines y forajidos. Cervantes, tal vez inconscientemente, dibuja la paradoja y atribuye el enjuto costillar, además de al caballero, a Rocinante. El galgo queda como una insinuación de la caza, tal vez como esbozo de la afición de su amo, postergado en la casa, atado a la puerta, mientras en su delirio don Quijote y Sancho andaban los caminos de Montiel en busca de aventuras. El galgo permanece, pues, neutralizado, inservible para deshacer la acometida cenceril y gatuna a propósito de los amores de

la enamorada Altisidora. El galgo, todo lo más, aparece evocado en esos “ladridos de perros que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho” a la medianoche, en aquellas callejuelas oscuras y misteriosas del Toboso, mientras ambos trataban afanosamente de encontrar el imposible paradero de la sin par Dulcinea.

Pero la caza en *Don Quijote de la Mancha* está latente. A veces incluso aparece de modo expreso. Buena muestra de ello es la sabrosa conversación de Sancho en el Capítulo XXXIV de su Segunda Parte, *Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar a la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro*. Después de describirse un lance con una jabalí en la montería a la que don Quijote fue invitado por los duques, y después de pasar Sancho mucho miedo por las posibles acometidas del animal y de mostrar las llagas a la duquesa de su roto vestido, ya con el jabalí muerto atravesado sobre la acémila, el fiel escudero se lamentó: “Si esta caza fuera de liebres o de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo. No sé que gusto se recibe de esperar a un animal que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo haber oído cantar un romance que dice: De los osos seas comido como Favila el nombrado. Ese fue un rey godo —dijo don Quijote— que yendo a caza de montería le comió un oso...”.

En *Diálogos de la Montería*, el insigne lucentino L. BARAHONA DE SOTO ofrece ciertas novedades sobre la concepción heredada de la tradición griega y árabe en materia cinegética. El influjo de Jenofonte, desde luego, impregnó toda la literatura cinegética hasta bien entrado el siglo XVIII. En un diálogo entre Silvano y Montano, Barahona ofrece una clara distinción en la caza a través de la respuesta del segundo personaje: “Bueno está ya: (...) y pues decís que se cazan peces y aves y fieras, solamente pienso tratar de la parte que enseña a matar fieras, y de éstas no todas, sino las necesarias para nuestra comida y que se hallan en nuestra tierra, la cual parte se llama montería tomando el apellido, no de los fines ni de los instrumentos, sino del lugar, porque como casi siempre se ejercita en los montes, tomó nombre de ellos. Ésta se divide en dos: en caza mayor, que es de puercos y ciervos y otros animales grandes, y en menor que es de liebres y conejos; y si en esta segunda parte me diéredes licencia, me confundiré y quizá trataré de perdices, en cuanto se cazan con los instrumentos que los animales terrestres, quiero decir, con perro y ballesta o arcabuz”.

El jabalí se convirtió siempre en pieza recurrente en relatos cinegéticos. JUAN MATEOS en *Origen y dignidad de la caza*, resalta la “astucia de un jabalí” que había resultado herido: “(...) Fue tanta su astucia que fue contra su natural para rehurtarse de los perros, se fue por el camino adelante, porque en los caminos no tiene el perro rastro por estar hollado de la gente. Echamos uno de los perros por un lado y otro por el otro, cogiéndole en medio, y huyó un cuarto de legua sin salir del camino, y se apartó del por un lado que había entrado en él; y en saliendo la perra tomó la traviesa (...)”. Vamos, que el jabalí se escabulló.

Este mismo autor relata también la historia de otro *jabalí que hirió su majestad el rey Felipe III en San Lorenzo el Real* un día a puestas de sol en el Campillo, o el que el Marques de Villena mató en los Montes de Guisando sin arcabuz y sólo con el cuchillo de monte. O esa otra historia del *jabalí en el Pardo*, “saliendo un día del El Pardo para concertar un jabalí para cargalle las telas el marqués de Velada y yo, yendo por camino de la Torre de la Parada, hallamos la traviesa de un jabalí que debía haber reñido con otro, que iba aguzando y echando espumajos por la boca...”.

Otras veces es el corzo el animal que suscita la inspiración del escritor. BALBUENA, en *Cacería de corzos en el Guadarrama*, describe una situación muy frecuente: el deseo frustrado del cazador por esa pieza que a última hora no pasa por dónde era pre-

visible lo hiciera, desvaneciéndose el animal entre el monte y entre su desesperación: “Le dejé acercarse, en la creencia de que, no sospechando mi presencia en aquel sitio, avanzaría en la misma dirección que emprendiera, y cuando me disponía a disparar sobre él, apuntándole en la cabeza, desapareció de pronto, y corriéndose por el barranco, siempre oculto, fue a vadearle mucho más abajo del alcance de mi escopeta...”.

También los viejos venados, los más esquivos, captan la atención del escritor. JAI-ME DE FOXÁ en su obra *Solitario* nos enseña el instinto autoprotector y elusivo de estos príncipes del monte: “A veces se limitan –sin levantarse– a orientar hacia voces y trabucos el arco de su cuerna y a abrir ojos de curioso temor mientras dilatan sus narices solicitando del olfato urgente información...”.

Ese instinto, sin embargo, suele claudicar cuando los calores del estío empiezan a ser un recuerdo en el monte. En esas memorias de Sierra Morena que viene a ser la completísima obra de M. AGUAYO *Montear en Córdoba*, éste recrea, con gran belleza, esa fidelidad del venado a la llamada de la naturaleza: “(...) Será otra tormenta como ésta, en el arranque del otoño, la que moje el lomo de los machos y ponga en marcha el reventar del cielo, haciéndole olvidar los cuidados necesarios para no caer al alcance de las armas del hombre. Entonces sólo quedarán como vigías en los jabardillos de reses las ciervas viejas, atentas a cualquier señal de alarma para envelar las orejas y pegar el espetonazo”.

En realidad, muchos son los animales objeto de caza que se han convertido en protagonistas principales o en fuente de inspiración de escritores de narrativa cinégetica. Desde los animales más livianos hasta los de mayor porte. Desde la caza del zorzal con el chifle y la liria en cualquier serranía del sur de España, que aparece descrita en el ensamblaje narrativo de *El crepúsculo de Virbio*, hasta la caza de osos en la montaña que relata PEREDA en su conocida novela *Peñas Arriba*, la captura de un elefante en Birmania que centra la temática de G. ORWEL en *Cazando un elefante*, la caza del kudu en *Diario de un safari en Sudáfrica* de C. VALVERDE CASTILLA, o, en fin, las peripecias de la caza del corzo en Hungría que describe desenfadadamente MIR JORDANO en su excelente obra *Caza mayor en España y más lejos*.

Las torcaces nublan el cielo de la dehesa extremeña y provocan la excitación del señorito en los *Santos inocentes* de DELIBES.

Las liebres, en las noches de invierno, salen a los claros del bosque alumbrados de luna por la llamada incontenible del cielo, y que la pluma cálida de PARDO BAZÁN refleja magistralmente en *Los Pazos de Ulloa*: “La alternativa de la oscuridad de los árboles y de los rayos espectrales y oblicuos de la luna, hace parecer enorme a la inofensiva liebre, agigantadas sus orejas, presta a sus saltos algo de funambulesco y temeroso, a sus rápidos movimientos una velocidad que deslumbra. Pero el cazador, con el dedo ya en el gatillo, se contiene y no dispara. Sabe que el fantasma que acaba de cruzar al alcance de sus perdigones es la hembra, la Dulcinea, perseguida y recuestada por innumerables galanes en la época de celo (...). Y si se deja pasar adelante a la dama, ninguno de los nocturnos rondadores se detendrá en su carrera loca, aunque oiga el tiro que corta la vida a su rival, aunque tropiece en el camino con su ensangrentado cadáver, aunque el tufo de la pólvora le diga: ¡Al final de tu idilio está la muerte...!”.

Es la llamada del cielo, esa llamada que es aprovechada por el hombre para cazar a los animales y que constituye la propia esencia o razón de ser de muchas modalidades de caza, de caza mayor o menor. Algunas, ancestrales, como la del conejo con el pito, hoy prohibida, o la perdiz con reclamo. En “*Memorias de un reclamo*” VAZQUEZ DEL RIO, en forma de novela, nos cuenta cómo Periquillo, cuando preparaba un puesto de piedra para el presbítero Miguel de Machaparra, gran aficionado a la caza de

la perdiz con reclamo, se encontró con una perdiz muerta y un lío de papeles en los cuales el reclamo "Castelar", como protagonista, había escrito sus memorias. Un caso extremo de personificación.

Esta modalidad cinegética, cuestionada por algunos, ha inspirado, asimismo, otros muchos relatos. Tal vez porque sea una de las que permitan una comunión muy especial entre el cazador y la naturaleza, que, como después diré, acaso sea, incluso más que la propia caza en sí, la verdadera fuente de inspiración tanto del escritor en general como del escritor cazador. Así interpreto yo esos momentos contemplativos de unos cazadores de perdiz con reclamo que al caer la tarde se disponen a recoger los arreos, contentos, sin duda, por la "música" del neófito que llevaban a probar, y sedados por el influjo del campo: "La calma del momento, como una sensación sobrenatural experimentada sólo en paraísos soñados, extendía su manto sobre el alma del paisaje y el frío calaba ya los huesos. Mientras don Evaristo enfundaba la escopeta, Andrés recogía el par de víctimas de la pelea después de colocarle el capillo a la jaula y miraba como de costumbre, embelesado, al ocaso, presumiendo que algo enigmático y sobrenatural se ocultaba tras su policromía".

A. SERRANO PLAJA, en *Caza de la perdiz con reclamo*, relata magistralmente el inicio del reto de la jaula: "El macho, sosegado y con tiento, como ensayando, comenzó a reclamar. Don Manuel dio la última chupada al cigarrillo, que colocó en el suelo poniendo luego encima su pie sigilosamente. Tras una vacilación se vio de nuevo al reclamo erguirse sobre sus patas coloradas, sacando la pechuga emplumada de azul acero, y volver a cantar, ahora con decisión..."

No me resisto a completar el desenlace de esta faena a mi libre albedrío, como yo mismo la tengo escrita: "El del campo había cumplido con gallardía ya su cometido y el de la jaula también, y con no menos bravura, sin perderle la cara a su contrincante, apuntándole siempre con su pico y con su cuello encrespado, buscando a toda costa eludir el cerco de alambre. Y llegó el momento: un certero escopetazo barrió al macho, dejándolo yacente a metro y medio escaso del reclamo con las plumillas de su penca alborotadas por la suave brisa que en ese momento se levantó..."

A veces es el auxiliar del cazador por excelencia, el perro, el que se erige en protagonista del relato. En *Tras los pasos de Prin*, JOSÉ OCHOA plasma el lamento del cazador ante su perro de muestra por haber equivocado los cartuchos de la escopeta: "Era muy temprano, apenas se veía, y mis botas y zahones se habían mojado con el rocío de la madrugada. Tú ya no corrías; andabas paso a paso lentamente, pisando con mimo la hierba húmeda, astutamente, como un felino. ¡Terrible momento! No puedo olvidarlo, tú volviste lentamente la cabeza para preguntarme: Pero, ¿qué te pasa? ¡Ay Prim!, lo que yo hubiera dado por poderte explicar lo inexplicable; pero no era posible. Volaron las perdices y tú corriste locamente detrás de ellas. Yo seguía clavado en la hierba: Al fin, volviste y te acercaste a mí aturrido y extrañado..."

En "*El sueño del cazador*", relato inédito, trato de reflejar, mediante una escenificación puramente onírica, esa íntima simbiosis que existe entre el ser racional y el animal racionalizado, entre el cazador y su perro de muestra, a propósito no en este caso de la equivocación de los cartuchos, sino de la evocación de un lance donde el cazador erró el disparo: "El cazador sueña, sigue soñando, y recompone aquella escena. Ordena los fragmentos de aquel naufragio y traza en el aire con precisión quirúrgica el vuelo del ave que logró incomprensiblemente superar el segundo disparo. El perro lee el yerro en la ensoñación del amo y le mira desde uno de los vértices de su milimétrico zigzag mientras parcela el terreno con perfectos cruces. El perro no quiere que quede ausente un solo trozo de atmósfera por donde pueda escaparse efluvio alguno. El co-

razón del perro bombea más deprisa. Su agilidad se incrementa y los virajes son cada vez más rápidos y numerosos. El hocico alto, como queriendo salvar el matorral, es prelude de la cercanía de la pieza (...) El perro ya ha captado en toda su dimensión la presencia del animal oculto. Entonces la movilidad da paso a la más absoluta inmovilidad. La rigidez del bicho se ha trasladado a su delator, total y avasalladora, y desde éste, a su vez, como un espasmo, al cazador...”.

El más tangible *cocker*, de nombre “Perdigón”, de ELENA SORIANO en “Guerra Galana”, de su libro *Caza menor*, ante la presencia inminente de una liebre “(...) se mostraba impaciente por lanzarse al acoso; no atreviéndose a ‘tejer’ sin recibir la orden, se volvía con frecuencia hacia su amo gimiendo de puro nerviosismo. De pronto, sin poder contenerse, hizo una parada brusca e inició un requiebro hacia la derecha...”.

A. PALACIO VALDÉS en *Lo que cuesta un perro*, habla de la docilidad y fidelidad de la caza de “Canelo”, de su “(...) maravillosa aptitud y habilidad para quedar hecho una estatua delante de las perdices y para cobrarlas...”.

Casualmente es “Canelo”, otro Canelo, por supuesto, el valiente can que le hace frente a los osos en la obra de JOSÉ MARÍA DE PEREDA antes citada: “(...) Canelo, a todo esto, cuando no se lamía los arañazos, poco profundos, que le rayaban los pies en muchas partes, jadeaba y gruñía con el hocico descansando sobre sus brazos juntos y tendidos hacia delante, pero con los ojos clavados en los oseznos...”.

“Cartucho” –poco original he sido en el bautizo– es el perro en venta entre cazadores que aparece en mi novela antes citada a cuenta de una discusión sobre la conveniencia de si los perros de muestra han de tener rabo o no, o se les ha de cortar de pequeños: “(...) Y, en efecto, *Cartucho* lo tenía, y con todo su rabo paralelo al horizonte, tieso y derecho, su cuerpo rígido y desplegado, y con el hocico a media altura como mandan los cánones, estaba señalando en un espartal la presencia de una patirroja”.

En *Diario de un cazador*, la pointer cachorra de Lorenzo, “la Doly”, de parar candelarias pasó a faenas más nobles. La paciencia de Lorenzo y la pluma de DELIBES la convirtieron en una perra ya con oficio: “La Doly andaba hoy fina de vientos y se ponía loca con los rastros de las perdices. Junto a un escarbadero se desesperaba, porque quería seguir todos los rastros al tiempo. De pronto se quedó tiesa junto a un tomillo...”.

Perros, en suma, perros de caza mayor y menor, perros mastines, podencos, “serrreños”, campaneros, alanos, simples chuchos, “tarabitos”, los mejores a veces para la caza, perros para pintar o para tomarle cariño, como a “Bolo”, “El chucho abandonado” que MARIANO AGUAYO acoge, en este caso no para inmortalizarlo en sus óleos sino para pintarlo en esa obra suya *La Sierra, los lances, los perros*, porque escribir no es sino pintar con el pincel de la palabra.

Antes dije que la naturaleza, mucho más que la caza, se erige en fuente de inspiración del discurso narrativo en la literatura cinegética. La caza es una actividad que se desarrolla al aire libre. En *Tiros y tirones*, R. GONZÁLEZ-RIPOLL entiende la caza como ocasión para el disfrute de la naturaleza, al igual que su hermano JUAN LUIS GONZÁLEZ-RIPOLL en su obra *Narraciones de caza mayor en Cazorla*.

La obra de DELIBES bebe de la naturaleza, del paisaje en su conjunto, de su amor por ambos. Se advierte cuan beneficioso ha sido para su obra el apartamiento provincial, casi rural, que le ha cargado de ternura, de humor delicado, de gusto por la sencillez y la modestia humana de sus personajes. El insigne escritor es como el Frígilis de *La Regenta*, uno de los pocos personajes sensibles del inmenso mosaico humano que fabrica LEOPOLDO ALAS. “(...) Frígilis no echaba de menos nada. Su devoción a la caza, a la vida al aire libre, en el campo, en la soledad triste y dulce, era profunda, sin rival (...), estudiaba la flora y la fauna del país de camino que cazaba, y además

meditaba como filósofo de la naturaleza...”. En este sentido la sentencia de Delibes es inapelable: “El verdadero cazador es capaz de disfrutar de un placentero día de caza sin disparar la escopeta”. El escritor de Valladolid se basta con contemplar los animales y el paisaje.

Una concepción espiritualista, casi franciscana, del paisaje de Sierra Morena nos viene regalada por la sensibilidad de C. VALVERDE CASTILLA a través de un precioso poema que titula *Paz*: Con zahones engrasados, / dos balas en la escopeta, / la canana en los costados, / y delante, acollarados, / el “Sultán” y la “Corneta”, / cuando en la tarde serena / voy de las reses en pos / mi alma de paz se llena, / porque en la Sierra Morena / se está más cerca de Dios.

Desde una óptica menos trascendente, pero cargada igualmente de belleza, en el relato “Guerra galana” antes reseñado, ELENA SORIANO hace una descripción muy sensual del campo: “Silbando, sin dejar de fumar, atrochaba ahora por la maleza, dichoso de sentir sobre los leguis su roce áspero, húmedo y perfumado. La mañana se le ofrecía virgen, como una muchacha desnuda y mojada aun de su baño lustral. Las agujas de los pinos y los enebros, las altas briznas de hierba, todavía llenas de rocío, multiplicaban hasta el deslumbramiento los rayos del sol naciente, como los falsos brillantes de una *vedette* en escena multiplican las luces de la batería...”.

“El cazador español” de AZORÍN camina también a la amanecida rodeado de un paisaje que es recogido al detalle por su pluma meticulosa y ultradescriptiva: “Ha esclarecido ya del todo; la pintada aurora se muestra en Oriente. En el terrazgo los pájaros pían. Se suele escuchar viniendo de lejos la esquila de un hato de ovejas que saliera de la casa a la par que nosotros. El monte por donde caminamos, monte bajo y ceniciento...”.

Sin embargo, AZORÍN continúa su relato con una reflexión que sigue hoy vigente: “(...) La distinción entre cazador y tirador es clásica (...) El tirador sale a matar, es decir, a cobrar piezas, sea como sea; el cazador se atiene al arte y a su placer personal. Al tirador no le importan cómo sean los tiros, ni le interesan los episodios de la caza. El cazador pone su cuidado en la manera de tirar y va gustando en su caminata de todos los accidentes que se ofrecen: paisajes, aire, cielo, fragosidad o llanura, aguas manaderas o pozas, peñas peladas o cubiertas de afelpados líquenes. Para el cazador la caza es un pretexto con que meter la naturaleza en su sensibilidad. Y cobrada la pieza el cazador ya no la estima...”.

DELIBES hace también este distinguo entre tirador y cazador en *El último coto*: “Hay cazadores que miden el éxito de sus cacerías por el peso del morral. Percha nutrida diversión cumplida, dice el refrán que me invento porque viene a pelo. Yo mantengo un punto de vista diferente: un par de perdices difíciles justifican la excursión; seis a huevo, no...”.

Otras veces es la recreación misma de toda la escenografía de caza lo que ocupa el relato. Revelador, a propósito de la caza de patos, resulta el pasaje de V. BLASCO IBAÑEZ “La tirada en la albufera” de su novela *Cañas y barro*: “Había amanecido y los escopetazos sonaban en toda la Albufera, agrandados por el eco del lago. Apenas si veían sobre el cielo gris las bandadas de pájaros, que levantaban el vuelo espantados por el estruendo de las descargas. Bastaba que en su veloz aleteo descendiesen un poco, buscando el agua, para que inmediatamente una nube de plomo cayese sobre ellos...”.

En su artículo *La caza*, M. JOSÉ DE LARRA describe una cacería y sus prolegómenos por tierras extremeñas: “(...) Los corsarios y escopeteros de pie y en rueda hunden en su enorme caldero, después de haberse santiguado, su cuchara de cuerno,

sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar a la mano y de ésta a la boca; repetida esta operación hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va a dar la batalla; momento de confusión; nadie pide parecer; cada cual da el suyo; uno pide pólvora; otro, perdigones; otro, postas, por si sale alguna res; en fin, se carga; los ojeadores, precedidos de un corsario, van a tomar la vuelta de la mancha o espesura designada y a rodearla...”.

Tampoco faltan narraciones que recogen con elegancia la percepción íntima del entorno que rodea el final de una cacería. “Los monteros charlaban animadamente –nos dice AGUAYO en *El otoño de los jabalines*– mientras sostenían sus copas y pizcaban de los platos distribuidos en varias mesas. Allí estarían al amor del sol suave de la tarde hasta que llegasen de la mancha los últimos rezagados...”.

Con frecuencia es el atuendo y los bártulos del cazador lo que concita la atención del narrador, unos atavíos que han ido variando con el cambio de costumbres, al que la caza no es ajena. Porque desde luego media un abismo entre el venablo y el sayo de la montería en que don Quijote y Sancho participan, por no remontarnos más atrás, y el moderno *Browning*, “sombbrero exclusivo con pluma de faisán y cabeza de venado de plata y *barbour* recién adquirido en El Corte Inglés”, según describe PRIMO JURADO en el capítulo “Monterías, monteras y goles” de su *Teoría del Séneca cordobés*.

El propio LARRA, en el artículo arriba indicado, desciende al detalle y viste al cazador de la siguiente forma: “Un mal sombrero ancho, amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel, calzón de paño burdo, polaina o botín de cuero, zahones de cueros pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel sin curtir, sujeto a la pierna con cordeles, una canana alrededor del cuerpo...”.

Más liviano es, sin embargo, el atuendo que le coloco a Andrés el Tejón, después de cumplir éste con el ritual de echarle de comer a los hurones, a los reclamos de perdiz y a los podencos: “...inmediatamente se calzó sus choclos de suela de neumático, se enfundó su blusón gris de lona y se ajustó su gorra de visera. Finalmente, agarró su zurrón de cuero...”. Me dejé atrás los pantalones, que desde luego debía llevarlos y serían de pana.

La historia del furtivo en la caza como elemento central o hilo conductor de la trama argumental ha sido muy recurrente. Yo mismo he sucumbido a ella aunque ofreciéndole, creo, un tratamiento distinto a este personaje, a quien le he dotado de una dimensión moral y de unas cualidades humanas fuera de uso.

A esta misma licencia creativa, pero con una innovación diferente, entiendo yo, ha acudido MIR JORDANO en su novela *Furtivos*. En ella se dibuja una nueva modalidad de furtivo apenas tratada literariamente: un individuo que actúa con gran precisión para desvirgar cotos de caza mayor utilizando instrumentos o “herramientas” de calidad en busca de los mejores trofeos con los que trafica y obtiene pingües beneficios, valiéndose incluso del engaño más refinado, desde el que ofrece fincas para cazar, aguardos y recechos a cazadores extranjeros ajenos a la patraña: “(...) Juan ‘El Murciélagos’, también conocido simplemente como Juan el de la Patro, daba vueltas en la cama, arrebujado entre mantas, gozando del frío exterior que no llegaba a sus huesos y de la imagen de su nueva herramienta, que le habían entregado esa misma tarde. Una carabina del 22 LR magnum, con excelente silenciador fijo, las monturas para un visor de visión nocturna y unos contrapesos de plomo magistralmente ajustados a la culata...”.

Desde luego, este novedoso arquetipo de furtivo en la literatura cinegética está a años luz de aquellos románticos personajes que iban a surtir de carne al monte, a pie y provistos de elementales escopetas de cañones gastados y culatas atadas con alam-

bre. El furtivo que aparece en la novela de L. BERENGUER *El mundo de Juan Lobón* es el que responde al patrón tradicional. El hombre casi asilvestrado que ni siquiera sabe leer y escribir, que no entiende nada más que de monte y de campo y que desconoce la realidad social existente fuera de los límites de sus serranías de Alcalá de los Gazules. En la Zarza, Cabrahigo y el Tarajal no hay más ley que la suya: “Los bichos montunos son de todos y de nadie: del que los trinca. No hay castigo para matarlos” —piensa Juan Lobón.

En esta misma línea, dotados de un sello aún más romántico, aparecen los cazadores de conejos con hurón y red que BLASCO IBAÑEZ había retratado varias décadas antes en su relato “Caza furtiva en el Pardo” de su libro *La horda*: “(...) El Chispas se colocó de rodillas a alguna distancia. Estaban allí las bocas de salida, y colocó en ellas los capillos de red. El Mosco abrió la bolsa y sacó el hurón. La *bicha* llevaba al cuello un cascabelillo de sonido débil (...) Maltrana, tendido de espaldas, miraba las estrellas, el cielo de oscuro azul, escarchado de polvo luminoso (...) Prefería permanecer inmóvil, en dulce quietud, dolorido por la fatiga, acariciado por la paz que parecía descender del cielo (...) ¿Por qué habrían de presentarse los guardas?...”.

Y, en efecto, apareció un guarda. *El guarda del jaramago* llegó muchos años después, pero no para perturbar la clandestinidad de los huroneros, sino como título que concede J. ESPEJO MOHEDANO a su obra, a una novela donde Silvestre, un hombre de la España rural del pasado siglo, ofrece sabrosísimas lecciones de caza.

La caza humaniza y uniformiza a los que la viven con intensidad deshaciendo desigualdades. La pasión cinegética no distingue clases sociales o profesiones. Esa afición es compartida simultáneamente por médicos, intelectuales, abogados, empleados, albañiles, empresarios, incluso religiosos, en cuyo seno ha habido verdaderos entusiastas. Cazadores de jaula, los más, pero también entre los hombres de iglesia se pueden contar “cazandangas” de escopeta y perro en el mejor sentido de la palabra, como el hermano Eugenio de *El último coto* de Delibes, que con “la sotana arremangada y sin babero tiraba los conejos a sobaquillo, sin aculatar siquiera la escopeta...”.

En ocasiones la caza, más o menos directamente, se utiliza por el escritor como la excusa perfecta para montar una historia de pasiones, violencia, sexo, celos e infidelidades. El simbolismo de los cuernos del cuadrúpedo sirve para dotar de cornamente al bípedo víctima de una infidelidad. M. PIMENTEL, en su relato *La yurta*, utiliza este recurso argumental con ocasión de una cacería del íbex en el desierto de Gobi, en Mongolia: “Levantó sus ojos mojados por las lágrimas, lo tengo ahora todo claro; comprendo el sentido de las palabras de Borja. Tenía razón, me ganó, aquella maldita noche me despojó del trofeo más querido. Se llevó a su cama a Marisa, mi mujer...”.

MIR JORDANO en *Furtivos* tiñe también parte de la trama de sexo e infidelidades: “Respirando con estrépito, se bajó los pantalones y los calzoncillos, que por un momento se le enredaron en los zapatos, que no le daba tiempo a quitarse, y se lanzó sobre ella a la que inmediatamente penetró. Se daba cuenta que el filo de la mesa le hacía daño en las espinillas, pero no tenía la opción de mejorar de postura por los apremios febriles de ella...”.

La caza del oso en los Cárpatos de la Transilvania me ha servido de decorado para montar una historia de ambición, lujuria y venganza que recojo a modo de relato, aún inédito, al que doy por título *Rueda de máscaras*: “Miralles había olvidado transitoriamente el percance, y con la mirada perdida en la ladera de enfrente pensaba en el cuerpo desnudo de Susana, del que Gerardo contaba excelencias cuando la vio en traje de baño en la piscina de su casa. ¡No te puedes imaginar qué pedazo de cuerpo!, le dijo en aquella ocasión. Desde entonces, el morbo y la fantasía comenzaron a construir el

mito de un deseo incontenible. Por eso Pedro esperaba, impaciente, la vuelta al hotel y el comienzo de la rueda de la lujuria, como prelude de esa otra rueda de máscaras que con tanto empeño les anunció Courbier. La noche, que ya empezaba a caer prematuramente sobre los cazadores, alivió su impaciencia haciendo inminente el regreso...”.

Pero fuera de estos casos puntuales, como suele ocurrir en cualquier actividad o faceta de la vida, y sin olvidar que estamos en la pura imaginación de novelistas y narradores, la caza, gracias a Dios, no es hoy día más que un deporte. La caza, desde mediados de siglo XX se ha generalizado como actividad deportiva, como forma de diversión y como ocasión propicia de poder contactar con la naturaleza, de soltar el lastre del estrés que las prisas y los modos de vida moderna nos ocasiona. En el artículo “La caza, naturaleza, deporte y amistad”, recopilado en *El astrolabio*, me hago eco de esta idea sobre la que el propio ORTEGA meditaba con su precisión acostumbrada en el prólogo antes indicado. En ese artículo reflexiono sobre este mundo de la caza tan extraño que, pese a todos los remilgos con que es visto desde determinado sanedrín cultural, sigue fuerte y vigoroso. Tal vez, precisamente por eso que antes dije: porque el mundo de la caza es un universo muy singular que genera en su seno, con pasmosa sencillez, edificantes e inquebrantables lazos de amistad entre personas del más variado extracto social.

Decía RENÉ FLORIOT en *Alegrías de la caza* que “un auténtico cazador es sencillamente un apasionado que se convertiría en el más desdichado de los hombres si tuviese que abandonar un día su escopeta.” Sinceramente no creo que llegue a materializarse esta eventualidad a causa de que la caza, por una razón u otra, desapareciese. Yo soy menos pesimista que DELIBES cuando en el *Libro de la caza menor*, éste afirmara que “la civilización opera contra la caza, o todo sea dicho con palabras pobres, que el tractor y la cosechadora se comen a la perdiz”. La caza como riqueza cinegética sigue, por suerte, existiendo, en gran medida gracias a los cotos y a los cazadores, aunque la Administración, con sus extravagantes reglamentaciones, ayude a veces poco a ello. Pese a todo, si bien algo más adulterada –¡qué le vamos a hacer!–, seguirá, por tanto, existiendo la caza y los cazadores. Los cazadores que vibran de emoción, los que además la transmiten escribiéndola y los que, sin serlo, se aproximan con su imaginación y su pluma al arte de la cinegética para construir historias. La caza, pues, continuará generando literatura en medio del regusto de acudir al monte para sorprender y abatir a un hermoso venado o de lanzarse por esos andurriales, paralela en ristre, zurrón a la espalda y pachón de vientos largos, persiguiendo a las patirrojas por barrancos y collados hasta acabar, exhausto, junto a un buen perol de arroz con liebre al calor de los amigos y de la lumbre. Al calor de esa misma lumbre que iluminaba la cara del hombre primitivo en la noche perdida de los tiempos, para poder así seguir evocando lances increíbles y contando viejas historias de caza.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO, M.: "La sierra, los lances, los perros". *Otero Ediciones*. 1998.
- AGUAYO, M.: "El otoño de los jabalines". *Otero Ediciones*. 2005.
- AGUAYO, M.: "Montear en Córdoba". Colección Triunfo 2. *Caja Provincial de Ahorros de Córdoba*. 1991.
- ALAS "CLARÍN", L.: "La Regenta".
- BARAHONA DE SOTO, L.: "Diálogos de la Montería".
- BERENGUER, L.: "El mundo de Juan Lobón". *Alfaguara*. Madrid. 1967.
- CAMPOS, J.: "La caza en la literatura" (recopilación de textos literarios). *Taurus Ediciones*. Madrid. 1961.
- CERVANTES, M.: "Don Quijote de la Mancha".
- CERCANTES, M. "El licenciado Vidriera" Novelas ejemplares (1613). Barcelona. Ediciones publicadas por Frances Luttikhuisen.
- DELIBES, M.: "Diario de un cazador". *Destino*. 12 edición. 1992.
- DELIBES, M.: "El último coto". *Destino*. 1994.
- DELIBES, M.: "Con la escopeta al hombro". *Destinolibro*. 2ª edición. 1991.
- DIARIO "El norte de Castilla" (viernes, 14 de octubre de 2005, pag. 70).
- DON JUAN MANUEL, "El conde Lucanor". www.ciudadseva.com.
- EL CONDE DE YEBES: "Veinte años de caza mayor". *Edit. Plus Ultra*. Madrid.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. ESPASA CALPE. 1978. Tomo 12. Voz "caza". Páginas 738-740.
- ESPEJO MOHEDANO, J.: "El guarda del jaramago". *Al Andalus*.
- FOXÁ J.: "Solitario". *Taurus Ediciones*. Madrid. 1960.
- GARCI-GÓMEZ M.: "Ascendencia y trascendencia del neblí de Calisto" aawbsv.aas.duke/celestina/CELESTINA/ENSA/ASCENDENCIA/HTM.
- CELA, C.J.: Introducción al libro 'La Caza'. www.webstats4u.com/stats?DhzdunreRYu.
- JORGE GUILLÉN; Cit por Manuel Alvar, *El mundo novelesco de Miguel Delibes*, Madrid, Editorial Grados, 1987, p. 114.
- MIR JORDANO, R.: "Furtivos". *Almuzara*. 2006.
- MIR JORDANO, R.: "Caza mayor en España y más lejos". *Al Andalus*. 2003.
- OSKAR SEIFFERT: "Diccionario de mitología griega y romana" (página 94). *Ediciones Obelisco*, Barcelona. 2000.
- PIMENTEL SILES, M.: "La yurta". *Ánfora Nova*. 2004.
- RENE FLORIOT y otros: "Alegorías de la Caza". *Destino*. Barcelona 1977, 2ª edición.
- REVISTA "CAZA DEPORTIVA" (FAC). Edición Marzo de 2002.
- SÁNCHEZ GASCÓN, A.: "El derecho de caza en España". *Editorial Tecnos*.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "El crepúsculo de Virbio". *Ánfora Nova*. 2006.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "El Astrolabio". *Ánfora Nova*. 2002.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "Rueda de máscaras". Inédito.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "Los terrenos cinegéticos y su normativa" *Jornadas jurídico cinegéticas*. Federación Andaluza de Caza. Marzo, 2002.
- VALVERDE CASTILLA, C. "Diario de un safari en Sudáfrica".
- VÁZQUEZ DEL RÍO, J.: "Memorias de un reclamo". *Al Andalus*.
- VICEDO, JUAN: "Introducción a El Conde Lucanor". Biblioteca Virtual Cervantes. www.cervantes.es.

LA CAZA EN EL ARTE

MARIANO AGUAYO ÁLVAREZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

El Arte está tan ligado a la caza que en ella tiene su origen. En la sociedad primitiva, el cazador, obligado a abastecer de carne a la tribu, sentía el peso de la responsabilidad y convocaba a los animales objeto de sus deseos representándolos en las paredes de las cuevas. Y lo hacía con una técnica similar a nuestra actual pintura al óleo: usando grasas animales como vehículo. Los pigmentos solían ser almagra y hollín. Fue la insistencia en los mismos motivos la que llevó a una estilización en Altamira con sus hermosos animales y arqueros. Ciervos evolucionados hacia el esquematismo de Catalpalá, en Teruel, o grabados en hueso junto a salmones en Lortet, en los Altos Pirineos. Ya en el Neolítico, la plástica mediterránea y su sentido de los volúmenes produce el bellísimo ciervo de bronce hallado en Neuville-en-Sullias.

Poco a poco, se va perdiendo el valor ritual de estas representaciones para ir plasmando en ellas las emociones de la caza. Un buen ejemplo es, en el siglo IV, el bajo-relieve del sarcófago de Alejandro Magno. Y, ya a comienzos del XV, se ilustra con deliciosas miniaturas el "Traité de la Chasse" de Gastón de Foix. Al final de ese siglo se producen los altorrelieves de la capilla de San Huberto en el castillo de Ambois, en el valle del Loira.

Hay que recordar a Alberto Durero, con su cabeza de ciervo con una saeta clavada, o los bodegones e impresionantes agarres de Pablo de Vos.

Pero si la pintura de caza francesa –Jean Le Pautre pintó a Luis XIV monteando en una complicadísima escena con el castillo de Chambord al fondo– o los magníficos grabadores centroeuropeos, como Johann Elias Ridinger, nos han transmitido todo el fragor de los lances, la pintura española se decantó más por las figuras sedentes, tanto de cazadores como de perros. Inútil es citar, por conocidas, todas las obras de Velázquez o Goya relacionadas con la caza.

Dando paso a lo literario, la evolución de las costumbres cinegéticas puede ser estudiada por los testimonios escritos. En el museo de San Marcos de León se conserva una lápida con una leyenda que mandó tallar Tullius Maximus, general jefe de la Legión VII Gemina, y que, traducida, dice así: "*Cerqué un terreno en el campo, lo consagré a los dioses y en él levanté un templo a ti, Virgen triforme, yo, Tullius de Libya, jefe de la Legión Ibera, para perseguir en él a las inquietas cabras, los ciervos altivos, los cerdosos jabalíes... Cacé bien a pie, arma en mano, bien disparándoles desde mi caballo ibérico. Los colmillos del jabalí y las cornamentas de los ciervos de alta frente los dediqué a Diana, como valiosa muestra de mi valor...*", lo que constituye un importante testimonio para los que creen que las cercas cinegéticas se idearon ayer por la mañana.

En la Literatura, la caza está ya en el primer poema épico en lengua castellana, el

Poema de Mío Cid: Cuando el héroe partía hacia el destierro,

*Miró las puertas abiertas
los postigos sin candados,
las alcántaras vacías
sin pellizones ni mantos
sin los halcones de caza
ni los azores mudados.
Suspiró entonces mío Cid,
de pesadumbre cargado.*

Y en el Romancero del Cid (Anónimo XV-XVI):

*Ya se partía el buen Cid
sin al rey besar la mano;
ya se parte de sus tierras,
de Vivar y sus palacios:
las puertas deja cerradas,
los alamudes echados,
las cadenas deja llenas
de podencos y de galgos;
sólo lleva sus halcones,
los pollos y los mudados.
Con él iban los trescientos
caballeros hijosdalgo;
los unos iban en mula
y los otros a caballo;
todos llevan lanza en puño,
con el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.
Por una ribera arriba
al Cid van acompañando;
acompañándole iban
mientras él iba cazando.*

Reaparece en el marqués de Santillana la relajada satisfacción del montero tras el día de brega:

*...acabó su montería
falagando los sus canes,
olvidando sus afanes,
cansancio e melancolía.*

Y ni Antonio Machado, tan lejano a la cinegética como para creer al galgo perro para la caza en mano, escapa en "Campos de Castilla" a la sugestión del cazador:

*Tras los montes de violeta
quebrado el primer albor:*

*a la espalda la escopeta,
entre sus galgos agudos,
caminando un cazador.*

La caza, como cultura, está muy vinculada al mundo del cante, de tanta raigambre andaluza. Y buena prueba de ello es lo próxima que queda la indumentaria de un montero a la de un torero vestido para faenas de campo. Quizá ahora que todo se está uniformizando se resta importancia al atuendo. Pero siempre la tuvo porque el vestir imprime carácter. Por los años treinta del pasado siglo, los toreros solían vestir de calle con trajes cortos, camisas de chorreras y sombreros de ala ancha. Así lo hizo hasta su muerte nuestro Rafael Guerra Bejarano, "Guerrita". Pero las cosas ya iban cambiando y había toreros retirados que, sobre todo si gozaban de prosperidad económica, se vestían de chaqueta y corbata. Así fue a visitar a "Guerrita" un antiguo banderillero suyo, Rafael Rodríguez, "Mojino". Y el Guerra, al verlo, no pudo disimular su sobresalto.

-Jesús, Rafalito, hijo, qué susto me has dado. Creí que habían avisado al médico.

Pues en paralelo con lo afín de las indumentarias del montero con el torero en faenas de campo, la cultura popular refleja al cazador en muchas letras de flamenco. Puede ponerse de manifiesto el cariño del montero por su perro, Por ejemplo, en este fandango de Huelva:

*Y jabalí l'ha matao
por ser valiente mi perra.
qué grande es la pena mía
que ya no piso la sierra
ni voy más de montería.*

Aunque es en los fandangos donde más se prodiga el tema de la caza, tiene también sitio en las serranas:

*Al bajar de la sierra
de Marmolejo
vimos zorros, un lince
y hasta un gran ciervo.
Llegando al río,
en el puente nos dimos
con tu marío¹.*

En las soleares se señala la caza de oficio:

*En el pueblecito
que comé no encuentro
y me salgo por esos campitos
a buscá alimento².*

¹ Antonio Flores. *Partitura flamenca*. Ateneo de Córdoba. 1998.

² Juan Balmaseda González. *Primer cancionero de letras flamencas*. Signatura Ediciones. Sevilla 2001.

Y, en esta rondeña, aparece una constante en la caza: el respeto del cazador por el animal objeto de caza.

*Cazadores de la sierra,
a esa liebre no tirarle,
porque está haciendo en la tierra
madriguera pa ser madre.
Es mu sagrao lo que encierra.*

Es éste un hermoso homenaje por sevillanas al sosegado goce de la caza cercano al mismísimo Fray Luis de León:

*Tengo un perro perdiguero
y una escopeta de un caño
y una bota de pellejo
curá con vino del año.
Si me quiero divertir
me voy con mi perdiguero,
con mi escopeta de un caño
y mi bota de pellejo
curá con vino del año³.*

Hace unos años publiqué un trabajo sobre la influencia de la caza en el cante flamenco reuniendo más de doscientas letras⁴. Y no es de extrañar dada mi profunda afición por la caza y por el cante, ambos tan arraigados a nuestra más ancestral cultura. Por eso voy a terminar esta charla parafraseando a Pareja Obregón en uno de sus fandangos:

*¿Cómo no queréis que os cuente
Cosas de la montería
Si me he pasado la vía
Siempre detrás de una mata
Por toa la serranía?*

³ Rafael del Estad.

⁴ Otero Ediciones, S.L. Madrid, 2003.

LOS ALBORES DE LA CAZA

ANICETO LÓPEZ FERNÁNDEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Cuando mi querido amigo Rafael Mir, prestigioso abogado, Censor de esta Casa, insigne escritor y por qué no decirlo también, destacado cazador, me pidió que interviniese en estas Jornadas, me sentí en primer lugar halagado por haber pensado en mí, aún a sabiendas de que soy ecólogo y en segundo lugar enseguida se me vino a la mente cómo resolver el tema de mi ponencia. Al cabo me decidí por “Los albores de la caza” que viene a titular de forma concisa el tema que paso a exponer, que tiene relación con la Ecología, el Hombre y la Caza.

Suele ocurrir en conversaciones informales, entre amigos, que cuando uno toma la palabra para referirse a una determinada cuestión que adorna con todo lujo de detalles, que los demás le recriminen diciéndole que se está remontando a los orígenes del hombre. Cuando nos referimos a los albores de la caza, no hay más remedio que caer en ese tópico, porque hablar del inicio de la caza es tanto como remontarnos al origen del hombre, pero en este caso es aún más, ya que los homínidos que precedieron al *Homo sapiens sapiens*, que somos nosotros, también cazaban.

Las primeras referencias nos llevan a alejarnos mucho en el tiempo hasta más de dos millones de años atrás para encontrar a unos antecesores del Género *Homo* como eran los Parantropos. En efecto, según las investigaciones llevadas a cabo por Sponeheimer et al (2006) sobre dientes de *Paranthropus robustus* por la técnica de ablación por láser, que permite descubrir los alimentos que consumía según los isótopos del carbono absorbidos desde los alimentos, se deduce que esta especie que tenía una gran mandíbula, no solo su dieta consistía en comer hierbas, semillas y frutos, sino quizá también animales herbívoros que debió previamente cazar.

Hay además evidencias que superan también los dos millones de años de procesos de carnicería en *Australopithecus garhi* en la que el consumo de carne y grasa animal formaba parte de su dieta, tal como demuestran los restos de bóvidos encontrados junto a fósiles de estos homínidos. Este comportamiento supone paralelamente la fabricación de útiles líticos para la caza.

Asfaw et al (1999) descubrieron a *Australopithecus garhi*, una especie considerada por ellos como una buena candidata para ser la antecesora más reciente del G. *Homo*. Es decir nuestros predecesores de hace 2,5 millones de años ya eran cazadores, antes incluso de que el “hombre fuera hombre”.

Los primeros representantes del G. *Homo* surgieron en África, con *Homo rudolfensis* y *Homo habilis* del que derivaron el resto de las especies de *Homo*. Las hipótesis de las posibles relaciones filogenéticas entre las distintas especies de *Homo* conocidas, se pueden consultar en Bermúdez de Castro (2002).

La línea evolutiva del G. *Homo* siguió la estrategia del aumento de la capacidad

craneal, de la elongación de la etapa de la niñez y de la reducción del aparato digestivo, de lo que se deduce que la carne y la grasa animal debieron progresivamente estar más representadas en su dieta, lo que va paralelamente en detrimento del consumo de alimentos de origen vegetal. No se pone en duda que *H. habilis* comía carne de forma habitual. Sin embargo, en él no se produjo la reducción del aparato masticador, como iría ocurriendo al transcurrir el tiempo en los homínidos posteriores, tal vez porque en esa especie el consumo de carne no debió ser más que un complemento de una dieta aún rica en vegetales. Recalquemos que *H. habilis* todavía tenía la facultad de trepar. Los registros arqueológicos efectuados en los yacimientos de esta especie, que datan de entre 2 y 1.5 millones de años, muestran de manera irrefutable que accedía a carcasas de bóvidos, suidos y équidos, encontrándose estos fósiles de herbívoros con marcas de corte y percusión producidas por los utensilios líticos que manejaba. Resulta probable que también hubiese desarrollado lo que los antropólogos llaman la pinza de precisión, que le permitiría manipular objetos entre el pulgar y el índice. En suma, la expansión cerebral de *H. habilis* y el consumo de carne fueron dos aspectos interrelacionados que le otorgaron un nivel de inteligencia más desarrollado. Esto le permitió acceder a la carne a través de la actividad cinegética, que sería llevada a cabo por los machos, mientras que las hembras emplearían su tiempo en recolectar frutos y otros productos vegetales a la vez que cuidarían de las crías. Además la obtención de carne mediante la caza e incluso el carroñeo y la defensa del territorio debieron promover fuertes lazos de unión entre los machos emparentados, a la vez que se vería favorecida la formación de grupos sociales, que disminuirían las probabilidades de ser ellos mismos cazados por especies depredadoras.

De esta manera nace el Paleolítico, el período más largo de la prehistoria humana, ya que arrancando en el este de África hace 2.5 millones de años, llegará hasta el Neolítico hace tan sólo unos 8.000 años atrás. Las primeras herramientas paleolíticas eran muy simples, pequeñas lascas de bordes cortantes, que se conseguían golpeando una o más veces un canto de una piedra adecuada. Estos utensilios se utilizaban de manera inmediata y eran abandonados cuando el filo se desgastaba. Tampoco se transportaban de un lugar a otro porque ello suponía más esfuerzo que volverlos a fabricar, ya que su complejidad técnica era muy baja, es lo que los paleontólogos llaman herramientas del Modo I o del Modo Técnico 1, que fueron utilizadas nada menos que durante más de dos millones de años, con moderada evolución respecto a su complejidad.

Sin embargo, los homínidos africanos de hace 1.5 millones de años, que corresponden a la evolución de *Homo ergaster*, disponían de un mínimo nivel de complejidad en la mente y por ello comenzaron a fabricar herramientas líticas del Modo 2 o Achelense para lo cual a partir de núcleos de piedra de tamaño considerable comenzaron a producir grandes lascas, que eran golpeadas una y otra vez siguiendo una secuencia de golpes estandarizada que acababa siempre con el mismo útil fabricado, como los bifaces, picos, hendedores y raederas. El bifaz achelense que se cogía como un trompo con la punta dirigida hacia abajo constituyó una herramienta lítica multiusos, servía tanto para la caza como para descarnar las piezas, cortar pieles y otras funciones. La técnica se estaba integrando en el modelo adaptativo del G. *Homo* cada vez con mayor intensidad, lo que facilitó una mejor interacción con el medio. El dominar esta nueva técnica obligaba a una selección más rigurosa de las materias primas, como el cuarzo, la cuarcita o el basalto y supuso además la necesidad de transportar los útiles, porque fabricarlos de nuevo en otro lugar suponía un gasto energético mayor. Este avance tecnológico trajo como consecuencia un aumento de la eficiencia en la captación y aprovechamiento de los recursos energéticos provenientes de la caza, lo que se tradujo

en un aumento del número de individuos de aquellas poblaciones que desarrollaron el Modo 2, las cuales ocuparían rápidamente el valle del Rift africano y desplazarían a otros grupos hacia regiones periféricas dentro y fuera de África.

La primera dispersión fuera de África ocurriría hace casi 2 millones de años, asistida por tecnología del Modo 1. Sin embargo, la colonización de Europa se realizó hace 1.7 millones de años atrás, tal como confirman los fósiles de *Homo ergaster* encontrados en 1999 en el yacimiento de Dmanisi en la República de Georgia, a las puertas de Europa, aunque el pulso migratorio de mayor importancia sucedió entre 1.4 y 1 millón de años atrás.

Homo ergaster dio lugar evolutivamente, por un lado, a *Homo erectus* cuya trayectoria se puede seguir en Asia desde comienzos del Pleistoceno inferior (1.7 millones de años) hasta hace poco más de 100.000 años, y por otro a *Homo antecessor* que debió surgir hace algo más del millón de años y del que se barajan varios escenarios respecto de su evolución. El estrato Aurora de la Sima de los Huesos de Atapuerca ha aportado numerosa información sobre esta especie, incluyendo restos fósiles de macro y micro-mamíferos así como de los útiles líticos que usaba para cazar y descuartizar las piezas. Son útiles aún del Modo 1, datados en más de 780.000 años en el período magnético Matuyama. Estos homínidos transportaron a la Sima de los Huesos fracciones o trozos de animales de gran tamaño, piezas completas de animales de menor tamaño e incluso cadáveres de otros congéneres porque ejercían lo que se ha dado en llamar canibalismo gastronómico. Entre las especies cazadas figuran caballos, ciervos, gamos, suidos, bisontes, etc.

Homo antecessor habría dado lugar por un lado a *Homo heidelbergensis* en Europa, de la que derivaron los Neandertales (*Homo neanderthalensis*) y por otro a *Homo rhodesiensis* en África, la línea evolutiva que da lugar a *Homo sapiens* hace algo más de cien mil años solamente.

Los Neandertales son los homínidos más conocidos a nivel popular. En general se acepta que tienen una antigüedad de al menos 150.000 años aunque su linaje tiene sus raíces alrededor de medio millón de años atrás. El mejor testimonio de que los Neandertales tienen origen europeo está en España, en la referida Atapuerca, siendo también muy importantes los yacimientos gibraltareños, particularmente los de la cueva de Gorham investigados por nuestros compañeros Clive Finlayson y Francisco Giles entre otros.

Los Neandertales vivieron la mayor parte de su historia bajo unas condiciones muy duras que los llevaron a extinguirse como especie hace unos 24.000 años, según los últimos datos publicados en Nature por los investigadores del Proyecto Paleomed que se desarrolla en Gibraltar.

Hace unos 120.000 años es cuando comienza el interglacial Riss-Wurm, que duró unos 40.000 años. Por ese entonces los Neandertales constituían una población europea bien diferenciada de sus vecinos asiáticos y africanos. En esos 40 milenios de bonanza climática sus poblaciones se extendieron hacia el N. (al menos hasta el paralelo 52) y E. de Europa. Pero pronto llegaría la glaciación Wurm, con un importantísimo avance de los hielos que cubrieron gran parte de Europa obligándolos a desplazarse hacia el sur, donde encontraban grandes barreras en su camino como los Alpes, los Pirineos, los Balcanes, Cárpatos, etc. e incluso el propio mar Mediterráneo, lo que contribuyó al aislamiento de sus poblaciones y al descenso del flujo genético entre ellas, lo que sin duda intervino en su desaparición. Lo mismo sucedió con muchas otras especies incluidas las que él cazaba. Parece que Gibraltar fue su último refugio. Vivieron en una época caracterizada por una alta presión ambiental y bajo unos condicionantes

ecológicos y climáticos desfavorables. Los datos procedentes de la Sima de los Huesos muestran que atravesaron períodos de hambruna, que padecieron enfermedades infecciosas y que con frecuencia presentaban traumatismos sobre todo en las extremidades inferiores. Sólo un pequeño porcentaje de la población lograba alcanzar los 40 años de edad.

Los Neandertales eran de cuerpo voluminoso, lo que supone una adaptación al frío, siguiendo lo que los ecólogos llamamos la Regla de Bergman: a mayor volumen menos es la superficie expuesta, con lo que se reduce la pérdida del calor corporal por radiación. También experimentaron en su cuerpo la reducción de la longitud de las piernas y brazos un tanto en consonancia con la regla de Allen de adaptación al frío.

El hombre de Neandertal que era también cazador desarrolló la denominada industria Musteriense que consistió en la fabricación de formas toscas de piedra y madera, de las que se servía para descuartizar la carne. Nos podemos imaginar a los Neandertales gibraltareños hace 30.000 o 40.000 años refugiados en Gorham, que aunque ahora está al nivel del mar antes lo que tenía frente a ella era una extensa llanura, puesto que el nivel del mar era mucho más bajo que el actual porque una importante fracción de agua estaba ahora sobre los continentes en forma de casquetes de hielo de centenares de metros de espesor. Aquel océano debió ser más salino que el actual. Esta llanura, que algunos comparan con el Sherengueti tanzano de hoy representaba un territorio extensísimo de caza con una fauna muy similar a la de ahora con especies de caza mayor y menor.

En la desaparición del *Homo neanderthalensis* debió influir además de lo primitivo de sus armas de caza y su aislamiento genético la llegada del *Homo sapiens* a Europa hace 40.000 años con unos útiles de caza de una complejidad técnica superior, que se denomina Modo 3, aunque lógicamente muy lejos aún de la tecnología moderna. Desde entonces la especie humana ha estado ligada a la tecnología. Ante una necesidad como la de cazar para alimentarse el *Homo sapiens* ingenia una solución que lleva a la práctica fabricando utensilios y armas cada vez más complejos con el transcurrir del tiempo, con los materiales de su entorno, el cual cada vez es más extenso. Las innovaciones que se van produciendo adquieren toda su significación cuando todos los individuos son capaces de aprenderlas, utilizarlas y también participar de sus beneficios, además de transmitirlos como formas de legado cultural. La evolución conduce a que cada vez sea mayor el número de útiles que se transmiten de generación en generación.

El hombre y sus antecesores como hemos visto cazaban para lograr su suministro alimentario, pero *Homo sapiens* logró una mayor eficiencia en sus cacerías, mejores resultados con menor esfuerzo, merced a su tecnología. Ya no le resultaba necesario, por ejemplo, incendiar bosques para conducir las reses hacia un lugar determinado donde eran abatidas, con su arco podía obtener la carne necesaria de forma continuada de un mismo ecosistema sin llegar a dañarlo con agresiones que dejaban secuelas en ellos y que tardarían decenas de años en desaparecer, lo que le hubiese obligado al traslado forzoso hacia otros lugares indemnes. De forma complementaria el hombre debió de profundizar mucho más que sus antecesores sobre el conocimiento de la Naturaleza, sus nuevas tecnologías de caza le obligaban a conocer cada vez mejor las costumbres de sus presas y las peculiaridades del ambiente donde se encontraban, es decir debió ir reuniendo un conjunto de conocimientos, que hoy denominaríamos ecológicos, que le permitieron subsistir en unas condiciones ambientales tan difíciles como las de entonces.

De otra parte, y de forma paralela, también aprendió a defenderse con mayor éxito de sus enemigos y competidores tanto en lo referente al alimento como de los lugares

donde habitar. Y a medida que fue pasando el tiempo se encontró con unas condiciones ambientales más favorables, la glaciación Wurm iba terminando y el cambio climático se avecinaba. Hace 10.000 años con el comienzo del Holoceno y del estadio climático Boreal los casquetes continentales de hielo habían retrocedido hasta posiciones geográficas parecidas a las actuales, dejando libres extensísimas áreas que fueron rápidamente colonizadas de vida vegetal y animal lo que permitió la expansión del hombre hacia esos nuevos territorios. A la par del deshielo el nivel del mar fue subiendo lentamente dejando bajo las aguas antiguos territorios de caza y obligando a las poblaciones cercanas a la costa a desplazarse tierra adentro, pero bajo unas condiciones climáticas mucho más favorables que las de antaño. El hombre se adaptó bien a este cambio, pudo dejar de refugiarse en las cuevas que antes le sirvieron de abrigo y en las que dejó impresas en las paredes numerosas figuras de animales y episodios de caza de tiempos que se remontan fácilmente a 2 ó 3 decenas de miles de años atrás y vivir más al aire libre.

Existe cierta discusión sobre la temprana incidencia que pudo o no tener el hombre sobre la desaparición hace 10 ó 12.000 años de determinadas especies como el mamut o el tarpán. Investigadores rusos (Zimov, 2005) pretenden demostrar la hipótesis de que fue la caza y no el cambio climático lo que causó la desaparición del mamut, para ello reconstruyen desde hace más de diez años el ecosistema que albergó a este gran mamífero en la región de Yakutia al norte de Siberia. Otros científicos (Guthrie, 2006) que ha trabajado en Alaska y el Yukon canadiense señalan al cambio climático y no al hombre como culpable de la desaparición de estas especies.

Hace diez mil años comienza el Mesolítico marcado por la extinción de esos grandes animales como el mencionado mamut, el rinoceronte lanudo o los osos de las cavernas. Otros como el reno de hábitat también fríos sobrevivieron al emigrar hacia latitudes superiores, lo que obligó a sus cazadores a desplazarse tras ellos. No obstante, a pesar que muchos grandes herbívoros de fácil cacería se perdieron, se conservaron muchas de las especies que también fueron objeto de caza por aquellos hombres que debieron agudizar su ingenio para atraparlas, baste citar al ciervo, la cabra montés, el jabalí o el corzo. También se cazaban osos, zorros, conejos, tejones, gatos monteses y aves como patos, gansos, faisanes, palomas, etc. Se cita ya en este período, el Mesolítico, la introducción de perros con cierto grado de domesticación que ayudaron a conseguir unos mejores resultados en las cacerías, que llevaban a cabo con trampas y armas como los arcos reforzados por tendones y diversos tipos de flechas y lanzas tanto de piedra como de huesos y madera. Desde entonces, desde hace unos 10.000 años el perro es el mejor amigo del cazador.

El siguiente período prehistórico es el Neolítico en el que el hombre descubre un nuevo modo de trabajar la piedra que es su pulimentación, a diferencia de la simple talla del Paleolítico. De nuevo aquí, hacia el octavo milenio a C., se produce un avance tecnológico crucial, el hombre se da cuenta que hay determinadas especies que son presas fáciles de cacería para él y decide tenerlas más a mano para su nutrición. Así surge la ganadería sobre especies de ovino, caprino, bóvidos, équidos y suidos, lo que supone otro avance en la reducción del gasto energético para conseguir su alimentación. Paralelamente comienza a cultivar cereales y obligatoriamente a hacerse sedentario en organizaciones comunitarias. Todo ello impulsa un éxito demográfico sin precedentes alcanzando la población humana los diez millones de seres. Por primera vez el hombre no necesita obligatoriamente de la caza para lograr su alimento, pero no la abandona.

La humanidad está comenzando a pisar el acelerador de la civilización. Los acon-

tecimientos, incluidos los referentes a la caza, comienzan a precipitarse. El inicio de la Edad de los Metales, con el tremendo avance tecnológico que supone, se marca hacia el 5500 a. C. cuando se fabrican los primeros objetos de cobre. El descubrimiento de la aleación de ese metal con el estaño marca la Edad del Bronce a la que sucede la Edad del Hierro, que llega hasta la época romana, donde ya se contaba con 50 millones de habitantes. Las armas que se utilizaban para la caza y también para la guerra se diversifican y perfeccionan en el transcurrir de estos períodos que el hombre va alcanzando en fechas diferentes según las localidades y el grado de culturización de esas sociedades, caracterizado por el creciente número de artefactos que el hombre tiene que transmitir a las siguientes generaciones. Poco a poco el hombre se ha ido acostumbrando a cazar más por afición que por necesidad. Esta actividad ha conducido a la eliminación en tiempos históricos de determinadas especies animales como los leones de Europa y en otros casos a la reducción de las poblaciones de otras como los osos, corzos, muflones o lobos, aunque estos últimos por motivos diferentes de todos conocidos.

Afortunadamente el hombre de nuestros días, que sobrepasa los 6.500 millones de personas y con unos avances tecnológicos impresionantes ha sabido poner coto a desmanes anteriores y racionalizar incluso acudiendo a criterios ecológicos la cacería, hasta tal punto que hoy podemos decir, sin miedo a equivocarnos, que sin cazadores no habría caza, pero es más, tampoco se conservarían los ecosistemas en su grado de madurez ecológica sin esta actividad, hoy deportiva, que tiene sus raíces como hemos visto en el propio origen del hombre.

Hay quien dice por ahí que estamos aquí, como hombres, por casualidad evolutiva, pero yo diría más bien que hemos llegado hasta aquí precisamente por haber sido cazadores a lo largo de toda nuestra historia.

BIBLIOGRAFÍA

ASFAW, B., WHITE, T. D., LOVEJOY, O., LATIMER, B., SIMPSON, S. AND SUWA, G. 1999. *Australopithecus garhi*: a new species of early hominid from Ethiopia. *Science*, 284: 629-635.

BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M. 2002. *El chico de la Gran Dolina. En los orígenes de lo humano*. Crítica. Barcelona.

GUTHRIE, R. D. 2006. New carbon dates link climatic change with human colonization and Pleistocene extinctions. *Nature* 441: 207-209.

SPONHEIMER, M., PASSEY, B. H., DE RUITER, D. J., GUATELLI-STEINBERG, D., CERLING, T. E. AND LEE-THORP, J. A. 2006. Isotopic evidence for dietary variability in the early hominin *Paranthropus robustus*. *Science*, 314: 980-982.

ZIMOV, S. A. 2005. Pleistocene Park: return of the Mammoth's ecosystems. *Science* 308: 796-798.

CAZA Y NATURALEZA

JUAN CARRANZA ALMANSA
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

La caza es una actividad natural, propia de la especie humana desde sus orígenes evolutivos. Sin embargo, caza no es equivalente a gestión cinegética. El manejo de las poblaciones y de sus hábitats, con el fin de promover la producción sostenible de los recursos cinegéticos, es decir la gestión cinegética, es una idea relativamente nueva y nos encontramos en una situación de escasa y confusa tradición en este tema.

El cómo actuar sobre las especies de caza es un problema que sobrepasa a la propia actividad cinegética, afectando a elementos fundamentales de la conservación de la naturaleza. Desde el punto de vista de la Sociedad en general, y especialmente de los sectores no cazadores, la caza no puede justificarse si no va unida a la conservación de la naturaleza. Aun más, la caza no sólo debe ser compatible con la conservación, sino que debiera ser una buena herramienta para conservar activamente la naturaleza. Un argumento frecuentemente utilizado por los defensores de la actividad cinegética es que los espacios dedicados tradicionalmente a la caza han sido los que mejor se han conservado, y de hecho hoy están mayoritariamente incluidos en las redes de espacios protegidos. Esta asociación entre caza en el pasado y figuras de protección en el presente, puede interpretarse como una prueba de que la producción de caza es compatible con la conservación. Una mirada más minuciosa, sin embargo, puede llevarnos a otra lectura no necesariamente opuesta pero que incluye un matiz diferente: esas zonas se caracterizan porque en ellas se ha llevado a cabo poca intervención para manejar las poblaciones o los hábitats. Esto ha sido así, bien porque eran áreas marginales que difícilmente permitían otro tipo de aprovechamiento, o bien porque estuvieron reservadas para la actividad venatoria de unos pocos, con poder suficiente para monopolizar su uso. La poca intervención sobre los hábitats es compatible con la caza pero no tanto con otras actividades económicas como la agricultura o la ganadería. La no intervención puede formar parte de la estrategia de conservación en determinadas figuras de protección de espacios incluso hoy día, pero es claro que en el mundo moderno no puede ser un procedimiento generalizado para conservar un medio ambiente cada vez más influido, directa o indirectamente, por el impacto de multitud de elementos de origen humano. La actuación sobre el medio se presenta como algo cada vez más inevitable, e incluso necesario, en la mayoría del territorio, pero la cuestión clave es cómo hacerlo para compatibilizar producción, en este caso cinegética, y conservación de los valores naturales.

Hay razones para considerar que la cuestión de la conservación de la naturaleza es un elemento más importante en la gestión cinegética que en otras actividades humanas. Muchas actividades humanas producen impactos indirectos sobre los hábitats y sobre las especies silvestres. El caso de las especies cinegéticas, sin embargo, es diferente

porque el hombre actúa sobre ellas directamente debido a que tienen un interés económico. En este caso los objetivos de la actuación se dirigen a mantener un censo de individuos que permita continuar con su caza, así como en algunos casos, sobre todo en caza mayor, a conseguir determinados niveles de desarrollo de los ejemplares, es decir, los trofeos. Al actuar directamente sobre las especies de caza se producen impactos sobre ellas, que pueden ser contrarios a su conservación. Para que esto no ocurra, los criterios de gestión orientados por el beneficio económico, deben ser compatibles con los criterios de conservación tanto de las especies de caza como de los ecosistemas en conjunto. Necesitamos, por tanto, conocimiento y tecnología que hagan compatibles la rentabilidad económica del aprovechamiento de las especies cinegéticas y la conservación de los valores naturales que pueden verse afectados por nuestro uso de ese recurso natural.

En la gestión de la caza, una tendencia mayoritaria ha sido la aplicación de procedimientos importados de la tradición de manejo agrícola y ganadero. De hecho, una corriente de defensa de la caza ha optado por argumentar que se trata de una actividad ganadera, donde se crían especies algo diferentes a las de la ganadería tradicional, por lo que se podría denominar a la gestión cinegética 'ganadería especial'. El correr de los años que ya han transcurrido de gestión cinegética en España nos reafirman en unas cuantas ideas claras: la caza no se lleva a cabo sobre el ganado; las especies de caza forman parte de la fauna silvestre; la cría de las especies de caza por procedimientos poco naturales las altera respecto a su naturaleza silvestre y por tanto supone un problema para su conservación. Como consecuencia, la gestión cinegética y la caza no pueden entenderse de otro modo sino como la explotación sostenible de un recurso natural. La propia idea de explotación sostenible conlleva la conservación de ese recurso tal cual es, y la idea de recurso natural implica la pertenencia al conjunto de la Sociedad como parte del patrimonio natural de una región.

La preocupación por la conservación como parte de la gestión cinegética afecta a dos grandes conjuntos de elementos: por un lado las propias especies cinegéticas y por otro los ecosistemas donde éstas se encuentran, que incluyen tanto a los hábitats como a las demás especies no cinegéticas con las que interaccionan.

La tradición ganadera aplicada a la gestión de la caza ha promovido usos que no son los más apropiados para manejar las especies cinegéticas. Por ejemplo, en caza mayor, se ha importado de la ganadería la idea de la retirada del matorral de grandes áreas de monte mediterráneo para favorecer la superficie de pasto. Basta observar el paisaje de nuestros campos para ver que las áreas de monte son básicamente reductos confinados a las laderas de mayor pendiente, donde el desbroce resulta inviable por sus efectos erosivos. Esta práctica lleva al establecimiento de grandes áreas adeshadas en todas las superficies más o menos llanas. Resulta especialmente difícil encontrar una superficie de monte mediterráneo en llanura, que no haya sido sometida a continuos desbroces. Sin embargo, las dehesas no aportan comida cuando más se la necesita. Cuando estas áreas sin matorral se dedican a la producción de ciervos, éstos encuentran grandes dificultades para conseguir alimento en verano, lo que conduce a la necesidad de aportes suplementarios. La producción de especies de caza mayor, contrariamente a la producción ganadera, recomienda la intercalación, en forma de mosaico, de las dehesas y las áreas de monte mediterráneo. Estas últimas incluyen gran variedad de especies arbustivas que los ciervos están adaptados a aprovechar, y que pueden proporcionarles alimento durante buena parte del verano, cuando la hierba de las dehesas está completamente agostada.

Las ideas heredadas de la ganadería proponen que los animales de caza podrían

tratarse como ganado doméstico, en el sentido de llevar a cabo sobre ellos manejos y tratamientos zootécnicos. Por ejemplo la selección de los reproductores para conseguir mejoras en el producto, los tratamientos sanitarios y antiparasitarios, los complementos nutricionales, etc. Los animales silvestres mantienen profundas diferencias con el ganado doméstico. La distinción no tiene que ver con el hecho de que sean mansos o no, estén encerrados o libres. Un animal salvaje es producto de la selección natural mientras que un animal doméstico es producto de la selección artificial. Dicho de otro modo, los animales salvajes forman parte de la fauna de una región, mientras que los animales domésticos han sido “fabricados” por el hombre a base de escoger como reproductores a aquellos individuos con caracteres deseables según su criterio. Los animales domésticos no son objeto de conservación de la naturaleza, simplemente porque no son naturaleza. Las razas autóctonas de animales domésticos pueden ser objeto de conservación, pero bajo unos criterios más culturales que naturales. Las especies cinegéticas son componentes de la fauna. Su transformación en ganado doméstico equivale a una extinción. Para preservar la autenticidad de las especies de caza es necesario que sobre ellas siga actuando la selección natural. Para ello es necesario que busquen por ellas mismas su alimento en el campo, que se enfrenten a los parásitos y patógenos naturales y mantengan contra ellos su resistencia natural, y, lo que es muy importante, que la reproducción ocurra de modo natural. Uno de los procesos selectivos naturales más potentes es la competencia entre los individuos de la misma especie por la reproducción, es decir, lo que se conoce como selección sexual. El proceso de selección sexual es el responsable del desarrollo de armas en los machos (los trofeos de caza mayor) para competir contra sus rivales por las hembras y de las capacidades de las hembras para elegir a los machos adecuados. Hay que ser de buena calidad para superar con éxito esas pruebas. La gestión debe intervenir lo menos posible en esos procesos naturales.

Los manejos de tipo ganadero han afectado ya a dos especies reinas de la venatoria española: la perdiz roja en caza menor y el ciervo en caza mayor. La cría de perdices en granjas y sus hibridaciones con otras especies de perdices ha puesto en serio riesgo la conservación de nuestra perdiz autóctona. En el caso del ciervo, tanto la cría en granjas como las hibridaciones con ciervos de otras subespecies europeas amenazan la naturalidad de esta subespecie exclusiva de la fauna ibérica. La introducción de ciervos de fuera de España va contra la conservación, pero las normas que prohíben la entrada no son suficientemente efectivas. Desde hace varios años se viene aplicando una prueba de ADN a los trofeos de ciervo para comprobar su autenticidad como ibéricos. La Junta Nacional de Homologación está utilizando este test para rechazar los trofeos de ejemplares no autóctonos, con el fin de desincentivar las importaciones y favorecer la preservación de la pureza genética de nuestro ciervo autóctono.

Caza y naturaleza deben ir de la mano de modo integral. Para ello deben compatir los mismos principios. Los filtros puntuales, tales como las inspecciones a granjas de perdices o los tests de ADN a los trofeos, no son suficientes para garantizar que la caza contribuye a la conservación. Para ello, los gestores de caza deben tomar conciencia de que están tratando con recursos que forman parte del patrimonio natural. Las normativas más recientes en materia de caza están inspiradas en esta filosofía. Un buen ejemplo de ello es la certificación de la calidad cinegética. Con ella se pretende avalar la buena gestión integral y basada en principios compatibles con la conservación. La oferta a los cazadores debe incluir no sólo buenos trofeos o cantidad de piezas sino, sobre todo, lances valiosos. Un lance valioso es el que tiene lugar en condiciones saludables, con especies salvajes y en un medio ambiente natural bien conservado.

El contacto con la naturaleza forma parte de la oferta de caza que los clientes podrán valorar, especialmente en la medida en que la naturaleza sea un bien escaso en nuestro apretado mundo moderno.